

Una diáfana nube en el espacio
Flota en las alas del nocturno ambiente
Y ciñe su alba frente de topacio
Con su velo impalpable y trasparente.

¡Virgen de sombra y luz! Su faz destella
Entre la nube que la envuelve pura:
Nunca á los ojos se mostró tan bella
Como á través de un velo la hermosura.

El bosque en tanto, al resplandor dudoso
Que la luna derrama entre el celaje,
Se entrega á un dulce y lánguido reposo
Y el céfiro se duerme entre el follaje.

Y descienden con mágica armonía
A nuestra mente plácidas visiones;
Que en esa vaga claridad sombría
Toman forma y color las ilusiones.

Exhala el lago su rumor sereno
Y una música suena regalada
Como el suspiro que, agitando el seno,
Envía la mujer enamorada.

Son las ondinas que se van alzando
Del lago azul en suave movimiento,
Enlazadas sus manos, y cantando
Al són del agua y al rumor del viento.

Sueltas atrás las cabelleras blondas,
Danzando van fantásticas y bellas,
Y dejan al pasar sobre las ondas
Sus nacarados piés surcos de estrellas.

Ya flotan en las márgenes del lago
Como cisnes envueltos en las brumas,
Ya se columpian por el aire vago
Como palomas de rizadas plumas.

Ya tejen en sus danzas cadenciosas
Guirnaldas que deshojan desoeñidas;
Ya brillan como aéreas mariposas
En las plantas acuáticas mecidas.

Y el agua al ver su dulce desvarío
Y de sus formas el gentil donaire,
Salpicada de perlas y rocío
Les forma un velo de vapor y aire.

Las vírgenes del día en leve calma
Con su beso despiertan á las flores,
Y las ondinas vierten en el alma
El néctar inmortal de sus amores.

Ellas ciñen las sienas del poeta
Con rosas del eden entre murmullos,
Y cuando hierre el sol su frente inquieta,
Las ilusiones caen de sus capullos.

¡Verted, deidades que el amor cautiva,
La copa de oro del placer risueño,

Y al borde de lá vida fugitiva
Haced al ménos inmortal el sueño.

¡Mas ya la aurora en ondas purpurinas
Vertiendo perlas por el cielo avanza,
Y el abismo sepulta las ondinas
Como traga la tumba la esperanza!

Madrid.

GUILLERMO BELMONTE MULLER.

EN FLENA DICHA.

A la Señora Concepcion Gimeno de Flaquer.

Herida por el sol va la neblina
En girones deshecha por el monte,
Y la cruz de la torre bizantina
Resalta en el azul del horizonte.

En las arenas de la estéril playa,
Libre de los vapores de la bruma,
La ola crecida de la mar desmaya
Desgarrando sus pétalos de espuma.

Dejan sus nidos y en alegre coro
El campo cruzan pájaros cantores,
Tienden las palmas abanicos de oro
Y se embalsama el aire con las flores.

El ramaje en los árboles se agita
Húmedo con la lluvia del rocío,
Y en misterioso amor tal vez palpita
La tierra con el beso del Estío.

¡Oh! ¡qué dulce mañana! donde quiera
Hay luz de aurora y pálidos celajes,
Trasparencia en el aire, y primavera
En el vago color de los paisajes.

Estas horas de paz y de consuelo
Pregonan las campanas del santuario,
Meciéndose á compas, sueltas á vuelo
En los arcos del viejo campanario.

De pronto aquella calma se perturba,
Y músicas y gritos y el contento
Con que se anuncia la vecina turba,
Crece en murmullo y voces por el viento.

Se ven ramos de olivo y banderolas,
Verdes guirnaldas que la mar retrata,
Y lleva en el espejo de sus olas
Como figuras de bruñida plata.

Los niños, las mujeres, el camino
Tapizan con jazmines y con rosas,
Y bajo el palio blanco y purpurino
Que han formado con gasas vaporosas,

Llenos de amor, de tímida alegría
Van los novios que sienten la grandeza